

Ya hemos apuntado en el análisis del capítulo I que el yo narrador corre el peligro de perderse en detalles y de pasar por alto los aspectos esenciales. También fracasan sus intentos de adaptar su comportamiento práctico a sus conclusiones teóricas. Los capítulos IV y V se centran en una sola cuestión: ¿Cómo puede volver a ver a María? ¿Cómo deberá comportarse si la encuentra? Las reflexiones de Castel sobre este tema, las cuales ocupan más de diez páginas, pueden parecer absurdas al lector, ya que la primera línea del capítulo IV deja claro que tales reflexiones son, en realidad, superfluas: «Una tarde, por fin, la vi por la calle» (p. 15). Castel ha encontrado a María. Pero este hecho no es, en modo alguno, resultado del análisis lógico de las circunstancias. El encuentro surge de modo totalmente casual como «una feliz circunstancia, de esas que suelen presentarse cada millón de veces (...)» (p. 24). Nó tiene relación con sus anteriores suposiciones. Por otra parte, había sacado una serie de conclusiones correctas. Había conocido a María en una galería de arte, de lo que se deduce: «La muchacha solía ir a salones de pintura» (p. 17). Habría sido, por lo tanto, mucho más probable volver a ver a María en una galería de arte que encontrarla casualmente por la calle en una ciudad como Buenos Aires. Pero Castel no se decide a visitar sistemáticamente «salones de pintura», como hubiera sido lógico, sino que, por el contrario, afirma: «Después de examinar esta posibilidad en detalle, la abandoné. *Yo nunca iba a salones de pintura*» (p. 17). A su vez justifica esta negativa en varias páginas y el lector llega a saber que las causas de su curiosa actitud son fundamentalmente irracionales: «Detesto los grupos, las sectas, las cofradías, los gremios y en general esos conjuntos de bichos que se reúnen por razones de profesión, de gusto o de manía semejante. Esos conglomerados tienen una cantidad de atributos grotescos: la repetición del tipo, la jerga, la vanidad de creerse superiores al resto» (pp. 17-18). El rechazo categórico de Castel resulta grotesco a los ojos del lector, pues éste sabe que el pintor había conocido a María precisamente en una galería de arte.

El ejemplo muestra que los razonamientos, argumentos y análisis de Castel, si bien desembocan a veces en lógicas consecuencias, éstas carecen de valor en una posible aplicación práctica. Las acciones más fáciles de llevar a cabo son las que le resultan más sospechosas: «Yo me pregunto por qué la realidad ha de ser simple» (p. 59). De esta forma se pierde en nuevas hipótesis cada vez más complicadas,

cuya complejidad y creciente improbabilidad él mismo reconoce. Estas hipótesis le hunden en profundas depresiones, lo que no le impide continuar desarrollándolas febrilmente. De este modo las reflexiones previas y puramente teóricas en relación al anhelado encuentro con María le llevan a una «especie de vértigo, de tristeza y desesperanza» (p. 25), a lo que, sin embargo, añade: «Pero, no obstante, seguí preparando mi posición» (p. 25). La situación a la que llega después de tanto esfuerzo es deprimente: «No recuerdo ahora todas las variantes que pensé. Sólo recuerdo que había algunas tan complicadas que eran prácticamente inservibles. Sería un azar demasiado portentoso que la realidad coincidiera luego con una llave tan complicada, preparada de antemano ignorando la forma de la cerradura» (página 27). Con ello el pensamiento de Castel corresponde al prototipo del pensamiento masculino. Sábato afirma en *Sobre la metafísica del sexo*: «El hombre suele empezar desde premisas lógicas y realistas, pero a partir de ellas sucede que se remonta a verdaderas locuras, a la fantasía y a molinos de viento» (14). Aunque el pensamiento de Castel funciona de forma lógica, es decir, exento de contradicciones, es incapaz de conseguir un resultado «objetivo», adecuado al objeto de su análisis. La realidad se escapa a las tajantes definiciones de Castel que sólo admiten alternativas excluyentes entre sí, ya que ésta obedece al principio mucho más complejo del «no solo..., sino también». A pesar de su afán febril por un conocimiento absoluto y objetivo, las reflexiones del protagonista terminan en un subjetivismo abstracto e irreal: en el túnel de su propia soledad. Es por lo tanto acertada la observación de Luis Wainerman al decir: «Juan Pablo Castel vive en la ceguera de un *yo-amundano*» (15). Un claro ejemplo, en este sentido, es la escena del encuentro entre Castel y María Iribarne delante de la compañía T. Todas las «frases íntegras elaboradas y aprendidas en aquella larga gimnasia preparatoria» (pp. 27-28) son inútiles: «Las frases, sueltas y mezcladas, formaban un tumultuoso rompecabezas en movimiento» (página 28). Ante la realidad todos sus esquemas se vienen abajo. En el último momento piensa en otra posibilidad que ya había previsto: «Recordé que era ella quien debía tomar la iniciativa de cualquier conversación» (p. 28). Pero en seguida se dará cuenta que también esta hipótesis es superada por la realidad. No será María la que tome la iniciativa. La situación le obliga a Castel a dirigirle la palabra: «Comprendí que tenía que decidirme rápidamente y entré

(14) Sábato, Ernesto: «Sobre la metafísica del sexo», *op. cit.*, p. 31.

(15) Wainerman, Luis: *Op. cit.*, p. 76.

detrás, aunque sentí que en esos momentos estaba haciendo algo desproporcionado y monstruoso (...). Alguien más audaz que yo pronunció desde mi interior esta pregunta increíblemente estúpida: —¿Este es el edificio de la compañía T.? (...) No obstante, ella se dio vuelta con sencillez y me respondió afirmativamente» (p. 29).

La escena demuestra que la realidad no puede reducirse a una dialéctica tan simplista como la de Castel, sino que es mucho más compleja y capaz de sintetizar posibilidades opuestas. La pregunta de Castel por el edificio de la Compañía T. es «increíblemente estúpida» (p. 29), puesto que él se encuentra allí dentro. Sin embargo, María no la considera ni inoportuna ni inadecuada, pues contesta sin mostrar señal alguna de sorpresa.

En otro pasaje importante de la novela nos encontraremos de nuevo con que a Castel le falla la razón y tiene que dejarse guiar por su «instinto». Se trata de su segundo encuentro con María en el capítulo IX. Cuando María le pregunta por qué la necesita, él es incapaz de dar una respuesta lógica y a la vez satisfactoria: «Hasta ese momento no me había hecho con claridad la pregunta» (p. 41). Entonces admite: «(...) más bien había obedecido a una especie de instinto» (página 41). De igual manera tampoco puede responder satisfactoriamente a María cuando ésta quiere saber lo que él mismo piensa de su cuadro «Maternidad». Lo único que se le ocurre es lo siguiente: «Mejor podría decirle que usted *siente* como yo» (p. 43). Otras preguntas de María llevan a Castel a reconocer: «(...) ahora me daba cuenta hasta qué punto había pintado la escena de la ventana como un sonámbulo» (p. 44). Esta conversación nos da la clave de un hecho esencial en la novela: María no intenta *explicar* la escena de la ventana, sino que, de forma intuitiva, constata que es *verdadera*. La verdad es algo que se halla más allá de la razón y que compromete a la persona en su totalidad. Castel parece aceptar esto durante la conversación con María, aunque ya se perfila en él una reacción contraria: «Empieza a dibujar formas geométricas en la arena.»

V

Pronto volverá a predominar su manía analítica que le llevará finalmente a la catástrofe. El *leitmotiv* de su posterior desarrollo es: «Mis sentimientos de felicidad son tan poco duraderos» (p. 57). Sus pasajeros momentos de felicidad son sistemáticamente aniquilados mediante un riguroso análisis posterior. Las conversaciones entre